

otros. Asústense, ya que tienen motivo, de resbalar á cada paso y de abismarse al menor golpe, aquellos que viven sin cautela, sin prácticas religiosas y sin pedir nunca auxilios á Dios; pero nada tienen que temer aquellos que, tomadas por su parte las convenientes medidas, imploran, con el corazón en los labios, los socorros de la divina misericordia.

Siendo vírgenes de entendimiento y de corazón, seremos fecundos, ya que es propio de las buenas obras producir frutos de vida inmortal. Tendremos luces para disipar nuestras tinieblas, gracias para alentar nuestro espíritu, méritos para prepararnos una eternidad feliz, y medios para subir á la inmarcesible beatitud. Después de la fecundidad de María, no hay fecundidad más preciosa que ésta, puesto que precisamente para esta nuestra fecundidad tuvo lugar la fecundidad de María. El Eterno Padre envió al mundo á su Unigénito Hijo, para nuestra salvación; y para la salvación nuestra, el Hijo de Dios unigénito se encarnó en las entrañas de la Virgen; y en todo cuanto obró, en todo cuanto padeció, no tuvo otra mira que nuestra salud espiritual. Por lo tanto, ¿no es este el negocio que puede llamarse propiamente nuestro, que nos está recomendado expresamente, y el solo necesario, con preferencia á cualquier otro? Y por eso, si con la virginidad del entendimiento y del corazón, si con la virginidad del alma, se nos otorga el producir frutos de eterna salvación, frutos de vida eterna; ¿no es cierto, acaso, que se nos concede el ser preciosamente fecundos, y hacer que, por nuestra parte, la fecundidad dimanase de la virginidad? ¡Oh Jesús! que, queriendo tomar carne humana, escogisteis por madre á una vírgen; infundid en los corazones de vuestros creyentes un tierno amor á la pureza, grande horror al vicio, que es su contrario, para que nada se oponga á ser vuestros seguidores en el destierro, y vuestros glorificadores en la patria celestial.

DISCURSO XVIII.

MODESTIA.

In fine autem omnes modesti.
Finalmente, sed todos... modestos.
(I. PET. III, 8).

Se disputó mucho entre los antiguos, acerca de cual fuese la cosa más pequeña y al propio tiempo la más grande de todas. Algunos dijeron, que era el sol, que con ser el mayor de los astros, lo recoge la vista en la órbita de una mirada; otros, que eran los ojos, que siendo globos muy reducidos, se extienden á objetos de desmesurada mole y que se hallan á gran distancia de ellos. Unos juzgaron, que era la lengua, pronta, aunque pequeña, á celebrar cuanto hay de magnífico y de excelso; aquellos, que era el corazón, limitado en su esencia é ilimitado en los deseos, pues, siendo pequeño, es más grande que todo el mundo. Hablóse y se escribió mucho sobre el particular; pero como que todos sostenían su tesis con abundancia de razones y energía de pensamientos, quedó el problema sin resolver.

Sea lo que fuere de tales opiniones, me parece que se puede afirmar, que la cosa más grande y la más pequeña á un tiempo, es la Santísima Virgen. En efecto; María, superior á todas las criaturas, no reconoce semejante ni segunda, coronada con las estrellas de toda virtud. Hija del Altísimo Padre, Madre de aquella fuente de inmensa bondad que fué nuestro Salvador, esposa del Dios Paráclito, bendita entre las mujeres, y por eminencia de santidad elevada sobre los coros de los ángeles, es, sin duda, grandísima. No obstante, se cree Ella tan ínfima, se considera tan pobre, vive retirada en tal oscuridad, se conduce en todas ocasiones con tanta modestia, que, siendo la más grande, parece la más ínfima de todas las criaturas. Preciosa enseñanza para los que, si bien poseen las demás virtudes, no las adornan con la modestia. La virtud no se hermana con la vanagloria;

y basta este lunar para que aquélla desaparezca. Ved aquí, lo que formará el asunto del presente discurso; y despues de haber visto cuan mal obran los que por vanagloria buscan las alabanzas del mundo, veremos cuan laudablemente obró Maria, respondiendo siempre con modestia á las alabanzas que se la tributaban. En mi concepto, sería difícil proponer un asunto de mayor gloria para la Santísima Virgen, ó de mayor utilidad para nosotros. Escuchadme, pues, con vuestra acostumbrada atencion. A. M.

Sometidos á innumerables miserias, nosotros, que con mucha verdad fuimos comparados á la flor del campo que se deshoja, á la yerba del prado que se marchita, á la sombra que se aleja, y á un vaso de barro que se rompe al primer golpe, ningun motivo tenemos para enorgullecernos, ó para creer que se nos deben aplausos y honores. Ni podrían ofrecernos como motivo de excepcion, la púrpura de los reyes, ó el carro triunfal de los vencedores; ni el oro de los cetros, ni las piedras preciosas de las coronas, ni aún las obras de la misma santidad. Los dones de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia, son una mera limosna que Dios nos dispensa gratuitamente, sin cuyo auxilio ni siquiera sabríamos mover la mano, articular una palabra, ni formar un pensamiento. Si mirándonos, pues, desde el punto de vista más lisonjero, lo hemos recibido todo, y nada poseemos que sea verdaderamente nuestro; ¿con qué conciencia fomentaríamos la vanagloria en vez de cubrir nuestros actos con la modestia? Así como la modestia, humilde y cortés, adquiere fácilmente homenajes y estimacion, la vanagloria, además de atraernos envidias, desprecios y desdenes de toda suerte, nos hace desgraciados á los ojos del Señor. En efecto: la vanagloria ofende é injuria gravemente á Dios, al mismo tiempo que nos irroga mucho daño.

La vanagloria ofende é injuria gravemente á Dios. Enseñándonos la fé, que Dios es el principio primero y el último fin de todas las cosas, sabemos que todo cuanto poseemos deriva de Dios, y, por consiguiente, que Él es el primer principio; y por tanto, se debe igualmente referirlo todo á Él como último fin; diciéndonos, además, que cuanto obró Dios, lo hizo para su gloria, nos enseña al mismo tiempo, que de todo lo que tienen de útil nuestros bienes, se debe dar gloria á Dios, como homenaje de nuestra dependencia á su soberanía. Esta fué siempre la norma de los justos, que se mostraron fieles al Señor. Faraon, despues de un misterioso sueño, conoció que la sabiduría de todos los intérpretes nada era al lado de la explicacion

de José, sacado de la ignominiosa cárcel para interpretarlo; éste, empero, le dijo: que la gloria de penetrar lo futuro pertenecía enteramente á Dios. San Pedro, con la virtud que recibió de lo alto, curó á un cojo que se hallaba en la puerta del Templo; mas al observar que los Israelitas se maravillaban de ello, les dijo: que la gloria de aquel prodigio no debía atribuirse á él, sinó al poder de Jesús, en virtud de cuyo nombre aquel infeliz se sostenía derecho y ágil sobre sus piés. San Pablo comparó los ministros del Evangelio á los labradores; y para que nadie se equivocase acerca de la interpretacion de sus palabras, dijo: que si él había plantado y Apollo regado, la gloria se debía á Dios, que con la accion interior de la gracia había hecho el campo fecundo y abundante (1). Con cuya comparacion manifestaba el Apóstol, que solo á Dios debe tributarse honor y gloria (2). El mismo Jesucristo afirma en diferentes ocasiones, que Él no buscaba la vanagloria (3).

Esto supuesto, decidme, hermanos míos; ¿qué es lo que hace aquel, que, prescindiendo de la modestia, corre en pós de la vanagloria? Toma únicamente de mira á sí propio, se complace tan solo en sí mismo, quiere el honor para sí en todo cuando ejecuta; y no contento de las utilidades que saca de su industria, de su talento, ó de su valor, pretende que se le atribuya hasta la gloria debida á su Criador y Bienhechor. De esta suerte, el hombre se hace reo de hurto, robando con mano sacrílega á Dios la gloria que se le debe. De esta suerte el hombre, mostrando no reconocer á Dios como autor de lo que posee, se hace reo, no solo de iniquidad máxima, sinó de una especie de infidelidad. Aquellos, pues, que levantan soberbios la frente por tener ojos brillantes, lábios sonrosados, manos contorneadas, mórvidas carnes, y en el rostro colores que rivalizan con el lirio y la rosa; aquellos, que se juzgan superiores á las demás personas por la antigüedad de su origen, por el esplendor de su cuna, y por los fastos de sus antepasados, sobre cuyos sepulcros se esculpieron espléndidas enseñas y se grabaron emblemas heráldicos; aquellos, que se reputan como númenes, porque, perteneciendo á la clase noble, el mundo presta obsequio y reverencia á su dignidad y poderío; aquellos, que se glorían de un nombre hecho ilustre en las ciencias, en las letras, en las artes, ó porque sus cofres rebosan de oro y son dueños de

(1) I. C. R. III, 7.

(2) I. TIM. I, 17.

(3) JOAN. VIII, 50.

vastos campos; precisamente por la vanagloria con que usurpan, ó tratan de usurpar lo que es debido á Dios, han de ser considerados como ladrones, como inícuos é infieles; y, por consiguiente, no cabe la menor duda de que infieren á Dios suma injuria.

La vanagloria nos irroga mucho daño. Muchas veces hace, que se pierdan los dones mismos de que su poseedor se enorgullece; así sucedió á Ezequías, que habiendo hecho ostentacion de sus tesoros ante los embajadores que le mandó el rey de Babilonia, vió aquellos tesoros pasar á manos de los Babilonios (1). Nos hace perder asimismo hasta el fruto de las buenas obras, que contaminadas por este vicio no pueden ser premiadas en el tribunal divino; como lo vemos en los Fariseos, los cuales practicando sus obras buenas solo porque los alabaran, recibieron ya en este mundo la paga (2). Es causa igualmente, de que la oracion no sea oída; testigo aquel Fariseo, que subió juntamente con el Publicano al Templo, jactándose de estar libre de los vicios propios de los demás hombres, y elogiando sus acciones, fué reprobado, como se lee en San Lucas (3). Es causa, por fin, de castigos, pues Antíoco, que se gloriaba de ejercer imperio, aún sobre las olas del mar, de pesar con la balanza los montes altos, de elevarse sobre la condicion de hombre, fué tan horriblemente castigado, que le salían gusanos del cuerpo, le caían á pedazos las carnes, y llevado sobre una silla, apeataba al ejército con el hedor que despedía (4).

Y ménos mal aún si se tratase tan solo de castigos momentáneos, de castigos temporales; lo peor es, que á los castigos momentáneos se añaden los eternos, y á los temporales, los interminables. La vanagloria abrió los abismos infernales á gran parte de los espíritus celestiales, y las abre de continuo á muchas almas cristianas. Hé ahí porque San Juan Crisóstomo le daba á la vanagloria el título de madre del Infierno, para significar, que prepara á sus secuaces el abismo de maldicion, el fuego inextinguible de los futuros suplicios, y les condena á una muerte peor que mil muertes, á una muerte que nunca muere (5). Con el mismo título la calificaba San Basilio, cuando, exhortándonos á colocar la grandeza de nuestra vocacion por encima de todas las pompas del siglo, por más que la acompañasen los aplausos, fuese reverenciada y llevada en triunfo, la llamaba destructora

(1) IV. RES. XX, 15-17.

(2) MATTH. VI, 5.

(3) LUC. XVIII, 14.

(4) II. MACHAB. IX, 9.

(5) Chry. hom. 17 in e. ad Rom.

de las obras santas, corruptora de los méritos, y encarnizada enemiga de los intereses espirituales de las almas (1). Por eso leemos en los Proverbios, que la soberbia precede á la caída, siendo la vanagloria el principio y la causa de las grandes caídas, no solo en males materiales, sinó tambien en males de culpa; permitiendo Dios, que el soberbio caiga en ignominiosos delitos á consecuencia de su misma vanagloria (2); y por eso tambien, de vez en cuando, se nos dice: que no seamos soberbios, ni pretendamos ser grandes, ni nos dejemos llevar de pensamientos altivos, á manera de toro soberbio que á todo embiste, á fin de que la virtud no se estrelle por causa de nuestra locura.

Esta exhortacion de las sagradas Escrituras debería enseñarnos á seguir con docilidad las inspiraciones de la modestia; é indudablemente las seguiremos si nos convencemos de que la vanagloria es una injuria á Dios, y nos irroga daño irreparable. A este fin nos servirá de instruccion, de auxilio y de consuelo el ejemplo de la Santísima Virgen. Así como la violeta se oculta debajo de humilde césped en cualquier rincon de una selva, y la rosa apenas entreabierto su cáliz se encierra en sus hojas, y el sol, velado por lijeras nubecillas, se tiñe de cierta suavidad de rubor; así María, cuanto más aventajaba á las demás criaturas en juicio, cuanto más crecía en frutos de santidad, cuanto más merecía testimonios de reverencia por parte de todas cuantas personas conocía ó se le acercaban, tanto más amó la modestia sobre toda dote de valor muy subido. De esta suerte, librada en otro tiempo Betulia del bárbaro sitio de Holofernes, miéntras que los ciudadanos corrían en tropel á aclamar á Judith, valerosa heroína de aquel hecho memorable, y ancianos y jóvenes, madres y doncellas, sacerdotes y levitas, gente de toda edad y sexo, con palmas en la mano y coronas en la cabeza, la llamaban gloria de Jerusalén, alegría de Israel y preciado honor del pueblo; ella, humilde en medio de tanta celebridad, con paso presuroso, iba á recogerse en la soledad del hogar doméstico. ¿Pero, qué parangon podría establecerse entre la modestia de Judith y la modestia de María, si las alabanzas justamente tributadas á María, sobrepujaron incomparablemente á las que se tributaron á Judith? La Escritura llama á María bendita entre las mujeres; y esta alabanza es sin disputa alguna magnífica y sublime. Y añade, que bendito es el fruto de su vientre.

(1) S. Bas. Const. Mon. II.

(2) Prov. XVI 18.

Esta alabanza encierra en sí tanta grandeza, que no es posible hallar acá abajo imágen alguna que pueda explicarla, ni en lo más mínimo. Ni es de admirar que no pueda hallarla una inteligencia de cortos alcances, cual lo es la mía, cuando ha sucedido lo mismo á los más preclaros varones, que se contentaron con la admiracion y el silencio. Reflexionaron que quien dice Madre de Dios, significa como una misma cosa con Dios; y deslumbrados por los fulgores de esta dignidad, llenos de reverente temor, confesaron no tener pupilas para resistir al inmenso esplendor que esta dignidad transmitia á sus ojos. Por consiguiente, contemplándola poco á poco en el nobilísimo conjunto de todas las nobles prerogativas que debían cortejar su excelencia; considerando en María el milagro de los milagros, y una grandeza casi infinita, casi una inmensidad de perfeccion, y casi una igualdad con Dios, solo á Dios reservaron la gloria de conocer plenamente una obra tan excelsa de su omnipotencia. No obstante, elevada María á tal grandeza, que ninguna mente humana puede comprender, no muestra considerarse á sus propios ojos como objeto de complacencia; no se levanta con un acto cualquiera á oír aquellas glorificaciones como si le fuesen debidas; ni acoge como cosa que le corresponda, aquel tributo de reverencia. ¿Quién ha visto acá en la tierra una modestia semejante? ¿Quién ha podido admirar jamás una modestia igual, aún en las almas escogidas, llenas de virtudes? ¿Quién?... pero á este punto el Eclesiástico me manda callar, puesto que nadie ha podido medir la altura del Cielo, ni la profundidad del abismo (1). Y verdaderamente en María se me ofrecen á la vista dos términos, de los cuales el uno se eleva hasta el Cielo, y consiste en su maternidad divina; el otro desciende hasta los abismos, donde ninguna humana mirada puede penetrar, y es su modestia. No pudiendo medir ni la altura de este cielo, ni la profundidad de este abismo, me callo estupefacto, tanto por la grandeza como por la modestia de la Virgen.

El maestro de modestia para María fué su propio Hijo, que morando en sus virginales entrañas, le señalaba las futuras obras en las cuales no buscaría la gloria suya sinó la de su Padre celestial. Rodeándose en el Tábor de radiante luz, ordena á los Apóstoles allí presentes, que no hablen de aquel prodigio; restituyendo la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la palabra á los mudos, quiere que no hablen de su bienhechor; hablando con tal sublime sabiduría que

(1) Eccl. I, 2.

excita la admiracion de cuantos le escuchan, declara: que la doctrina por Él anunciada no es suya, sinó de Aquel que le ha enviado; resueltas las turbas á proclamarle rey y prepararle el trono, corre á ocultarse en la soledad; y con sus hechos, con sus milagros, y con sus obras prodigiosísimas, no busca nunca las propias alabanzas. Discípula de tal Maestro, por cuyas doctrinas fué anticipadamente iluminada, María aprendió la modestia, y juntamente con su Hijo pasó á ser maestra de esta bella virtud.

Vosotros, hermanos míos, según creo, estais sobrecogidos de admiracion por esta modestia de Jesús, por esta modestia de María; pero, no basta abandonarnos al estupor; si la admiracion despierta la maravilla, el amor pide la correspondencia. Jesús y María quieren ardientemente que seamos santamente modestos, siguiendo sus huellas. ¿Y qué es lo que practicamos nosotros para ser santamente modestos, siguiendo las huellas de Jesús y de María? Basta mirar á nuestro alrededor para ver en todas partes ceñudos semblantes, fausto, ostentacion y arrogancia en el ademán; ó, cuando ménos, sentimientos de vanagloria. Sentimientos de vanagloria en los salones y en los claustros, en los alcázares y en las cabañas, en los teatros y en los templos, entre aquellos que se sientan en espléndidas mesas y entre los que se mortifican con ayunos; entre los que visten á la moda y los que cubren su cuerpo con lana burda. Muchas veces, dice San Agustín, la vanagloria se encuentra aún en los mismos que la desprecian (1); con harta frecuencia, dice San Crisóstomo, desean la alabanza los mismos que parecen evitarla. Sin embargo, debemos persuadirnos, de que una virtud que se envanece, deja de ser virtud; debemos estar seguros de que virtud y fausto jamás se han avenido, ni es posible que se avengan; no debemos dudar de que el que quiera, por sus dones de la naturaleza ó de la gracia, ser exaltado en vida ante el mundo, no será exaltado delante de Dios despues de su muerte.

¡Hermanos míos! si queremos gloriarnos de alguna cosa, al ménos procuremos gloriarnos de cosas, que son verdaderamente nuestras. ¿Cuáles son estas cosas? la ignorancia, la miseria, la malicia, el pecado. Si ningun pobre ha podido gloriarse de su hambre, de su sed y de su desnudez, ¿cómo querremos orgullecernos de nuestras muchas enfermedades, sin temer que Dios en su justicia convierta esta

(1) S. August. Confes. I, 10, c. 35.

gloría en ignominia (1)? Focion, varon ilustre de Grecia, hablando un día á una numerosa asamblea, al oír los aplausos y los homenajes que sus conciudadanos le tributaban, dirigiéndose á los que tenía más cerca, les dijo: Al ver que todos me aplauden, temo haber dejado escapar algun despropósito ó alguna palabra ridícula (2). Hasta aquel pagano, aborreciendo las adulaciones, se consideraba solamente apto para decir ridiculeces ó despropósitos. Y, para aducir un hecho sacado de las Vidas de los Santos, cuando Santo Domingo se vió en Tolosa rodeado de la estimacion universal, la abandonó, y se trasladó á Carcasona, donde tenía muchos enemigos, y donde le aguardaban muchísimas persecuciones; y contestando á los que le preguntaban el motivo de haber cambiado de domicilio, les decía: Prefiero los enemigos que me odian aquí, que los admiradores que me celebran en Tolosa (3).

(1) OSEA, IV, 7.

(2) Plutarco. in Phocion.

(3) Lohn, Bibl. I, 958.

DISCURSO XIX.

SILENCIO.

Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est.

Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto. (JACOB III, 2).

Fué siempre motivo de admiracion el silencio de Jesucristo. Él, que á la edad de doce años se había sentado maestro entre los doctores de la ley, derramando de sus lábios palabras de sabiduría celestial; Él, que arrastraba las turbas admiradas, anhelosas de oír sus discursos, hasta el punto de olvidarse del indispensable alimento; Él, de quien corría la fama, de que ningun otro hombre se expresase con tanta energía y suavidad; calla, sin embargo, cuando todo induce á creer que debe hacerse oír con más energía. Calla si se le acusa injustamente; calla delante de Herodes, negándose á satisfacer la curiosidad que agujoneaba á este rey de oír sus doctrinas y de presenciar sus milagros; calla si Caifás le insta para responder; calla si le condenan; y calla hasta permitir que se le tenga por loco. Este silencio no es tan solo una apología de la inocencia de Aquel, que sabe conservar una serenidad imperturbable entre crueles persecuciones y preparativos de muerte; ni es tampoco una expiacion de las culpas de los hombres para alcanzar el perdon por los pecados innumerables de la lengua; sinó que es, además, un ejemplo para invitarnos á que no abusemos de ella, y á callar. De esta suerte Jesucristo, como siempre, al paso que hace resplandecer su grandeza, y nos hace palpar con la mano su amor infinito hácia nosotros, aún callando, nos dá importantes enseñanzas de provechosa moral.

La criatura, que más se distinguió en oír sus preceptos y en seguir sus máximas fué María. Aún no le había visto realmente; pero, le llevaba en sus entrañas, y por interior inspiracion oyó sus instrucciones